

Plutarco, *La gloria di Atene*, a cura di Italo Gallo e Maria Mocci (*Corpus Plutarchi Moraliium*, 11), M. D'Auria Editore, Napoli 1992, 117 pp.

Dentro del *Corpus Plutarchi Moraliium*, proyecto que están llevando a cabo conjuntamente las Universidades de Nápoles y Salerno, aparece ahora el tomo 11, dedicado al tratado *De gloria atheniensium*, o, si nos ceñimos a traducir el título de Planudes, *Si los atenienses han sido más ilustres por sus hazañas guerreras o por sus logros culturales*, un tratadito de Plutarco que, aun refiriéndose a realidades concretas de la historia de Atenas, trasciende esa localización para plantearse en último término si son más importantes los hechos en sí mismos o quienes los narran.

Procede Plutarco a una serie de comparaciones —como muy bien señalan en la introducción los autores (p. 25)—, entre dos términos acción y pensamiento, guerra y cultura, representado el segundo sucesivamente por las artes de la pintura, de la historia, la poesía, la oratoria, enfrentadas a las acciones en sí mismas y también entre sí. En la discusión de estas cuestiones adopta Plutarco una actitud decidida en favor de las acciones guerreras y de tipo político, situando a las artes en un plano muy inferior, secundario, aun cuando debe reconocer puntualmente la calidad de autores determinados que va citando; uno no puede menos que recordar al respecto el famoso Discurso de las armas y las letras de *El Quijote*, mucho más ponderado, por otra parte. Atribuyen los editores (p. 26) esta actitud algo extremada del de Queronea al hecho de que se trate muy posiblemente de una obra de juventud, en la que predomina además un tono de diatriba, dirigida como está a un auditorio ateniense.

Con todo, no se puede negar el valor de este tratado en el conjunto de la obra de Plutarco, pues resulta ser un importantísimo testimonio de su visión —y, en parte, de la de su época—, de lo que habían sido las artes en época clásica: oímos hablar de los pintores y sus técnicas, se elogia a Tucídides, hay una fuerte crítica a la comedia clásica, conocemos la dedicación casi enfermiza de los oradores más importantes a sus obras más famosas. Aun cuando resulta a veces de la lectura una impresión de falta de unidad, el tratado no decae nunca en interés, sazonado como está por múltiples anécdotas y con una intensidad de argumentación que atrae, aunque no siempre convenza. Todo esto es puesto de relieve en la excelente introducción de la obra, donde se estudian en profundidad algunos rasgos sobresalientes del tratado, como la cuestión cronológica, el argumento, la influencia de Platón —evidente en toda la argumentación—, el tema de la historia, el teatro, la retórica y el estilo retórico de la propia obra, para terminar con un resumen de la tradición manuscrita y los criterios que se han seguido en la edición, que difiere de las anteriores (la de 1935 de Nachstädt, Sieveking y Titchener en Teubner, y las más recientes de Thioliier (1985) de la Sorbona y Frazier (1990) de Belles Lettres) por seguir un criterio eminentemente conservador, ceñido a la tradición manuscrita, en la línea de Giangrande en la edición de otros textos de

Plutarco, lo cual no impide que en algunos casos acepten variantes no recogidas en manuscritos. Al texto griego, con un extenso aparato crítico, le acompaña una traducción, con mención al pie de *loci paralleli* y de las referencias a otros autores antiguos que son mencionados en la propia obra. Un extenso comentario aparece a continuación del texto y la traducción, especialmente necesario en este caso por las múltiples referencias históricas y literarias de la obra, y en donde también se da una explicación en profundidad de las lecturas elegidas en la edición.

Al excelente trabajo que ha salido a la luz sólo pueden reprochársele algunas erratas mínimas, fácilmente subsanables por el buen sentido del lector en concreto, en 345 F 1 aparece ἀνακλᾶται en lugar de ἀνακλάται, y στιχίδια en lugar de στιχίδια en 347 F 1.

Nos hallamos, así, ante una edición modélica, que nos permite acercarnos a este tratado de Plutarco con todas las garantías, y un caudal de información exhaustiva sobre el tratado: no ha hecho falta caer en un tono divulgativo mal entendido para acercarnos de hecho a una de las obras de Plutarco que más interés han despertado en los últimos años.

ÁNGEL RUIZ PÉREZ

*Epigramas funerarios griegos*, traducción, introducción y notas de M.<sup>a</sup> Luisa del Barrio Vega, Madrid (Biblioteca Clásica Gredos, n.º 163), 432 pp.

La Dra. del Barrio es bien conocida entre nuestros lingüistas por sus trabajos de dialectología, entre los que destaca su Tesis Doctoral, muy valiosa, sobre el euboico, dirigida por el prof. M. S. Ruipérez (Madrid 1987). Su interés por los documentos epigráficos la lleva a estudiar también otros aspectos. A los epigramas funerarios había dedicado ya algunos trabajos, en los que abordaba el problema general de la tipología (*EClás* 95, 1989, pp. 7-20), la forma dialogada (*CFC* 23, 1989, pp. 189-201) y el tema *carpe diem* (*Actas del X Simposio de la Sección Catalana de Est. Clásicos*, en prensa). En este volumen de la Biblioteca Clásica Gredos traduce una selección muy amplia de dichos poemitas, seiscientos, según su numeración, pero en realidad algunos más, puesto que varios de ellos tienen diferentes versiones, que se recogen, cuando están dedicados al mismo difunto, bajo un solo encabezamiento.

En una empresa de esta clase, que obliga a manejar documentación muy rica y variada, es esencial fijar criterios adecuados para seleccionar y ordenar. En la introducción, clara y pedagógica, la Dra. del Barrio expone su proceder. Recoge sólo epigramas que han sido realmente grabados sobre las lápidas, con exclusión, por tanto, de los que conocemos únicamente por la Antología Griega o por otras fuentes literarias. Entre ellos se eligen los que mejor pueden ilustrar los temas de la poesía funeraria. Estos temas proporcionan también el esquema de la clasificación adoptada en la traducción. Son dieciocho